

VII

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha inmortalizado el pincel de Ary Scheffer :

« Apenas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en són de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate empezó con furor; pero los suliotas, que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos, y entónces, sobre una roca escarpada, al pié de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperacion, arrojó su hijo al abismo, y despues, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas. »

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUES

ALEJANDRO HERCULANO

Si es cierto que la pena compartida  
Llega á calmarse, porque el llanto ageno  
Es para el triste bálsamo de vida;

Si es verdad ¡ay! que el afligido seno,  
Cuando piedad encuentra y blando abrigo,  
Más reposado late y más sereno;

Permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,  
Ante la humilde cuna de Herculano,  
Mostrándote su amor, lllore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano  
Querrá la muerte oscurecer la gloria  
Del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la historia,  
Él exaltó la santa poesía,  
Y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,  
Pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*,  
Y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

No dobló al yugo del temor su frente,  
Ni la lisonja vil manchó su labio,  
Ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,  
Se opuso á la invasion de la mentira  
Con fe de artista y conviccion de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,  
Combatió en pro de su fecunda idea  
Con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea  
La dulce calma, el apacible encanto  
Que perdió en el fragor de la pelea,

Y hoy en rústico y pobre campo santo  
Sus restos guarda honrada sepultura,  
Que el pueblo portugues riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura  
Cárcel, de eterno lauro coronada,  
Vuelve al seno de Dios intacta y pura!

Ejemplo sea á nuestra Edad menguada,  
En que más de un ingenio peregrino  
En el fango del mundo se degrada,

Y contrariando su inmortal destino,  
Como ramera sin pudor, ofrece  
Al éxito brutal su estro divino.

¡Ah! grande podrá ser, mas no merece  
Loa ni encomio el pensamiento humano  
Que se humilla, y se arrastra y se envilece.

¿Quién al aguila audaz, que el soberano  
Vuelo remonta, comparar podria  
Con el reptil inmundo del pantano?

¡Oh religion del arte! ¡Oh Poesía!  
Comunion de las almas cuando llevas  
La paz, el bien y la razon por guía!

¡Cuando contra la infamia te sublevas,  
Y con no usada majestad, el vuelo  
Hasta el principio de la luz elevas!

Pliega tus alas en señal de duelo,  
Y ante esa pobre tumba deposita  
Tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,  
¡Ay! á quien solo, sí, mas no olvidado.  
Duerme á la sombra de la cruz bendita.

A quien fué por tu númen exaltado,  
De rica inspiracion raudal fecundo,  
Y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo  
Que cubre el polvo desligado y frío  
Del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío

No animarán los sueños de la vida :  
¡ Ya no le animarán ! ¡ Está vacío !  
Mas bastan á su fama esclarecida  
Las altas creaciones del pöeta,  
Do su gran alma nos dejó esculpida.

¡ Cuán bien nos pinta la inquietud secreta  
Del sacerdote que consigo mismo  
Combate sin cesar como un atleta (1) ;  
¡ Que ama y lucha á la vez con heroismo,  
Y ve rodar sin gloria ni esperanza,  
Su patria y su virtud hácia el abismo !  
Cuando esparciendo el odio y la matanza,  
La morisma feroz salva el Estrecho  
Y cual torrente incontrastable avanza  
Ante el imperio gótico deshecho,  
La pasión insensata que le oprime  
Con sacrilego ardor le abrasa el pecho,  
Y llora, y tiembla, y se retuerce y gime,  
Y sólo á costa de la inútil vida  
De sus perpetuos votos se redime.  
¡ Cayó en el campo del honor ! La herida  
Anticipó su fin ; pero él llevaba  
La muerte en sus entrañas escondida.  
¡ Ay ! ¡ En qué corazón, rugiente y brava,  
No estalla, en horas de incurable duelo,  
La rebelion de la materia esclava ?

---

(1) La novella *Enrico el Presbitero*.

¡ A quién, alguna vez, con hondo anhelo  
La sed de lo imposible no le acosa ?  
¡ Quién no ha soñado en escalar el cielo !

Surge despues la imágen luminosa  
Del arquitecto Alfonso, que en su extrema  
Y ciega ancianidad, aún no reposa (2).  
Le designó la voluntad suprema  
Para labrar maravilloso templo,  
Y es forzoso que acabe su pöema.  
De su viril constancia ante el ejemplo,  
¡ Con cuánta angustia, de la Edad presente,  
La vergonzosa indecision contemplo !  
Incrédula, dudosa, indiferente,  
Lidia sin fe, sin conviccion se agita,  
Y no acierta explicarse lo que siente.  
Ya con sordo fragor se precipita,  
Como el alud del monte, ya asustada  
Los hierros del esclavo solicita.  
Sigue rebelde ó sierva su jornada,  
Y más que al ruego, al látigo obedece,  
¡ Ay ! cuando no vencida, fatigada.

Ante esta sociedad que desfallece,  
Del inspirado artista la figura  
¡ Cuán excelsa á mis ojos resplandece !

---

(2) La narracion histórica titulada *la Bóveda*.

Lleno de genio, edificar procura  
Alta y extensa bóveda que sea  
Terror y pasmo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,  
Cual padre cariñoso, con tranquila  
Majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila  
Al comprender su temerario empeño,  
Y él mismo alguna vez duda y vacila.

— ¿No pudiera, en verdad, ser el diseño  
De la atrevida y portentosa nave,  
La irrealizable concepcion de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¿Quién lo sabe!  
Todos son juicios, cálculos y asombros.  
Pero él decide, resignado y grave,

Enterrar su vergüenza en los escombros,  
Y si decreta Dios la infausta ruina,  
Recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!  
Su ardor redobla en la animosa empresa,  
Y la admirable fábrica termina.

Derribase, por fin, la selva espesa  
De cimbras y pilares, y el espanto  
Es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,  
Y el noble viejo en éxtasis divino,  
Con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,

Solo, abstinente, orando de continuo,  
Vivió esperando hasta el tercero día  
La catástrofe horrenda, que no vino.

Y la impotente nave todavia,  
Inmóvil cual granítica montaña,  
El furor de los siglos desafia.

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,  
De la dura labor á que se entrega  
Nuestra razon, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,  
Obediente á las leyes que la rigen,  
Sin cesar edifica y no sosiega.

Dóciles á su voz desde su origen,  
Los pueblos con ruidosa incertidumbre  
El monumento de su gloria erigen.

Teme á veces la ignara muchedumbre  
Que la nave espaciosa venga al suelo,  
Vencida por su inmensa pesadumbre;

Mas la razon serena y sin recelo  
Sabe bien que en sus ejes de diamante  
Segura está la bóveda del cielo.

No caerá, no, porque el varon constante  
Deseche el miedo, y con afan profundo  
En alas de la ciencia se levante.

¡Ah! si hubiese cedido al infecundo  
Pavor que nuestras almas encadena,  
Colon no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros impetus refrena,  
Abre anchuroso cauce al egoismo,  
Y sólo funda en movediza arena.

¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,  
Que deploro su mal, mis horas paso  
Incierto entre los cielos y el abismo.

Herido á un tiempo por el brillo escaso  
De un moribundo sol, que lentamente  
Va cayendo en las sombras del Ocaso,

Y por la tibia aurora que en Oriente  
Empieza á despuntar, tambien vacilo,  
Y apenas sé donde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,  
Dar la triste y postrera despedida  
Al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas basta ya de indecision! La vida  
Se engrandece al calor de otras ideas  
Que nos muestran la tierra prometida,

Y en ciudades, y en campos, y en aldeas  
Resuena el coro universal que canta  
Á la naciente luz: — ¡Bendita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,  
Sólo á la negra noche, engendradora  
De monstruos y de crímenes, espanta. —

¿Quién pudiera á los rayos de esa aurora  
Los seres convocar que de Herculano  
Forgó la fantasia soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano  
De animar las figuras colosales  
Que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales  
Ansias, los rencorosos extravíos,  
Que él presenta patéticos y reales,

Rebasarian de los versos míos,  
Si en ellos contenerlos intentara,  
Cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la region que avara  
Las ficciones y fábulas encierra,  
Se abrió camino su razon preclara.

Como rayo de sol que se soterra  
Por ocultos resquicios, é ilumina  
Los recónditos senos de la tierra,

El negro cráter, la profunda mina  
Y la gruta de abrojos resguardada  
Que conoce no más fiera dañina,

Así del vate la sagaz mirada  
Penetró, fulgurando, en los oscuros  
Y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros  
De tan lóbregos antros, los inciertos  
Signos para allegar datos seguros,

Buscaba en los sepulcros entreabiertos  
De los tiempos antiguos, la memoria  
Casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando, atormentado por la gloria,  
Con animoso espíritu escribía  
Del pueblo portugues la épica historia,

La fanática y torpe hipocresía,  
Medrosa de la luz, no hubiese roto  
Su pluma de oro, en que irradiaba el día;

Si en medio del frenético alboroto  
De envidiosas calumnias, él no hubiera  
Hecho de enmudecer solemne voto;  
El monumento que con fe sincera  
Quiso alzar á la patria su erudito  
Y vasto ingenio, perdurable fuera.  
Fuera como esas moles de granito  
En que pueblos gigantes que no existen,  
Sus ya ignorados fastos han escrito.  
¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?  
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada :  
Las pirámides sólo, que aún resisten.

Esa Historia, entre tantas celebrada,  
Del egregio Herculano obra maestra,  
¡Ay! quedará por siempre inacabada.  
Pero tan raras perfecciones muestra,  
Que es, y será en los siglos venideros  
Gloria de Portugal.... ¡y también nuestra!  
¿Por ventura los débiles linderos  
Que la discordia entre nosotros puso  
Han roto nuestros vínculos primeros?  
Hermanos son el español y el luso,  
Un mismo origen su destino enlaza,  
Y Dios la misma cuna les dispuso.  
Mas aunque fuesen de enemiga raza,  
La generosa tierra en que han crecido  
Con maternal orgullo los abraza.  
¿A quién importa el rumbo que han seguido?

Dos águilas serán de opuesta zona,  
Que en el mismo peñon hacen su nido.  
Ese sol que les sirve de corona,  
Con torrentes de luz sus campos baña  
Y sus frutos idénticos sazona.  
Juntos pueblan los términos de España,  
Y parten ambos con igual derecho  
El mar, el río, el llano y la montaña.  
Cuando algun invasor, hallando estrecho  
El mundo á su ambicion, con ellos cierra,  
La misma espada les traspasa el pecho.  
El mismo hogar defienden en la guerra,  
El mismo sentimiento les inspira,  
Cúbrelos al morir la misma tierra,  
Y tan unidos la razon los mira,  
Como los fuertes dedos de una mano  
Y las cuerdas vibrantes de una lira.  
¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,  
Pregunta Dios al vencedor impío :  
—¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!—  
Juntos mostraron su indomable brío  
En reñida lid infatigable y fiera,  
Contra un poder despótico y sombrío.  
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera  
Poner fin á su mutua desventura,  
Una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura  
Que guarda al más insigne de tus hijos,

España ; oh Portugal ! su llanto apura,  
Y en tí sus nobles pensamientos fijos,  
Acude ansiosa á consolar tus penas,  
Pero no á compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,  
Hacer que el odio entre nosotros cunda,  
Y no luzcan jamas horas serenas ;

Podrá impedir nuestra unidad fecunda,  
Mas no evitar que de mi patria el llanto  
Con el que tú derrames se confunda.

¡ No lo conseguirá ! ¡ No puede tanto !

## LA DUDA

---

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

D. ANTONIO HURTADO

---

Desde esta soledad en donde vivo,  
Y en la cual de los hombres olvidado  
Ni cartas ni periódicos recibo ;  
Donde reposo en apacible calma,  
Léjos, léjos del mundo que ha gastado  
Con la del cuerpo la salud del alma,  
Antes de que el torrente desbordado  
De la ambicion, con impetu violento  
Me arrebate otra vez ; desde la orilla,  
Donde yace encallada mi barquilla,  
Libre ya de las ondas y del viento,  
Como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! aunque salvo del peligro, siento  
La inquietud augustosa del cautivo,  
Que, rompiendo su férrea ligadura,  
Traspasa fatigado á la ventura  
Montes, llanos y selvas, fugitivo.  
El rumor apagado que levantan  
Las hojas secas que á su paso mueve,  
Las avecillas que en el árbol cantan,  
El aire que en las ramas se cimbre  
Con movimiento reposado y leve,  
El río que entre guijas serpentea,  
La luz del día, la callada sombra  
De la serena noche, el eco, el ruido,  
La misma soledad ¡ todo le asombra!  
Y cuando ya de caminar rendido  
Sobre la yerta piedra se reclina  
Y le sorprende el sueño y le domina,  
Oye en torno de sí, medio dormido,  
Vago siniestro són. Despierta, calla,  
Y fija su atención despavorido;  
La oscuridad le ofusca, se incorpora  
Y el rumor le persigue. — ¡ Es el latido  
De su azorado corazón que estalla! —  
Y entonces ¡ ay! desesperado llora.  
Porque es la libertad don tan querido,  
Que en el humano espíritu batalla,  
Más que el placer de conseguirla, el miedo  
De volverla á perder. — Yo que no puedo  
Recordar sin espanto la agonía,  
La dura y azarosa incertidumbre

En que mi triste corazón gemía  
Sometido á penosa servidumbre,  
Cuando, artista á merced del torbellino,  
Sin elección ni voluntad seguía  
Los secretos impulsos del destino,  
Y en ese pavoroso desconcierto  
De la social contienda consumía  
La paz del alma ¡ la esperanza mía!  
Hoy que la tempestad arrojó al puerto  
Mi navecilla rota y quebrantada,  
Temo ¡ infeliz de mí! que otra oleada  
La vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada  
¿ Qué soy yo? ¿ qué es el hombre? Sombra leve,  
Partícula de polvo en el desierto.  
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,  
Busca el átomo al átomo, y la arena  
Es nube, es huracán, es cataclismo.  
Gigante mole los espacios llena,  
Bajo su peso el mundo se conmueve,  
Oscurece la luz, llega al abismo  
Y al sumo Dios que la formó se atreve.  
Vértigo arrollador todo lo arrasa;  
Pero después que el torbellino pasa  
Y se apacigua y duerme le tormenta,  
¿ Qué queda? Polvo mísero y liviano  
Que el ala frágil del insecto aventá,



Que se pierde en la palma de la mano.  
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,  
Tú que al náufrago, al triste, al pobre grano  
De desligada arena das abrigo!  
Muchas veces, Antonio, devorado  
Por ese afan oculto que no sabe  
La mente descifrar, me he preguntado,  
— Cuestion á un tiempo inoportuna y grave —  
¿Qué busco? ¿ adónde voy? ¿ por que henacido  
En esta edad sin fe? — Yo soy un ave  
Que llego sola y sin amor al nido. —  
Á este nido social en que vegeta,  
Mayor de edad la ciega muchedumbre,  
Al infortunio y al error sujeta  
Entre miseria y sangre y podredumbre.  
Contéplala, si puedes, tú que al cielo  
Con tus radiantes alas de poeta  
Tal vez quisiste remontar el vuelo,  
Y si este el mundo que soñaste ha sido  
Nunca el encanto de tu dicha acabe...  
¡Ay! pero tú tambien eres un ave  
Que llegó sola y sin amor al nido.

---

Desde la altura de mi siglo, tiendo  
Alguna vez con ánimo atrevido,  
Mi vista á lo pasado, y removiendo  
Los deshechos escombros de la historia,  
En el febril anhelo que me agita  
Sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria.

Y á través de las capas seculares  
Que el aluvion del tiempo deposita  
Sobre columnas, pórticos y altares,  
Del polvo inanimado con que cubre  
La loca vanidad del polvo vivo,  
Que arrebatá á su paso fugitivo,  
Como el viento las hojas en Octubre;  
Mudo de admiracion y de respeto  
Busco la antigüedad — roto esqueleto  
Que entre la densa lobreguez asoma —  
Y ofrecen á mi absorta fantasia  
Sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,  
Sus mártires la fe cristiana y pia,  
El patriotismo su grandeza austera,  
Sus monstruos la insaciable tiranía,  
Sus vengadores la virtud severa.

Y llevando en las alas del deseo  
Que anima mi ilusion, á veces creo  
Volver á aquella edad. — En la espesura  
Del bosque, en el murmullo de la fuente,  
En el claro lucero que fulgura,  
En el escollo de la mar rugiente,  
En la espuma, en el átomo, en la nada,  
Apolo centellea, alza su frente  
De luminoso lauro coronada.

Por él la luna, que entre sombras gira,  
La luz que en rayos de color se parte,  
La ola que bulle, el viento que suspira,  
Todo es Dios, todo es himno, todo es arte.  
! Ay! ¿ No es verdad que en sus eternas horas

De desaliento y decepcion recuerdas  
Esa dorada edad; y que te inspira  
El coro de sus musas voladoras,  
Que murmuran y gimen en las cuerdas  
De la ya rota y olvidada lira?  
Aunque las llame, no vendrán: ¡han muerto!  
La voz del interes grosera y ruda  
Anuncia que el Parnaso está desierto  
Y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda  
Sólo una Musa vive: Musa ciega,  
Implacable, brutal. ¡Demonio acaso  
Que con los hombres y los dioses juega!  
La Musa del análisis, que armada  
Del árido escalpelo, á cada paso  
Nos precipita en el oscuro abismo,  
Ó nos asoma al borde de la nada.  
¿No la ves? ¿No la sientes en tí mismo?  
¿Quién no lleva esa víbora enroscada  
Dentro del corazon? ¡Ay! cuando llena  
De noble ardor la juventud florida  
Quiere surcar la atmósfera serena,  
Quiere aspirar las auras de la vida,  
Esa Musa fatal y tentadora  
En el libro, en la cátedra, en la escena,  
Se apodera del alma y la devora.  
¿Si á veces imagino que envenena

La leche maternal! En nuestros lares,  
En el retiro, en el regazo tierno  
Del amor, hasta el pié de los altares  
Nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,  
Ha sacudido con su soplo ardiente  
Los tristes pensamientos de mi mente,  
Como sacude el huracan las olas!  
Cuántas ¡ay! revolcándose en el lecho,  
He golpeado con furor mi frente,  
He desgarrado sin piedad mi pecho,  
Y entre visiones lúgubres y extrañas,  
Su diente de reptil, áspero y frio,  
He sentido clavarse en mis entrañas!  
¡Noches de soledad, noches de natio  
En que, lleno de angustia y sobresalto,  
Se agitaba mi sér en el vacío  
De fe, de luz y de esperanza falto!  
¿Y quién mantiene viva la esperanza  
Si donde quiera que la vista alcanza  
Ve escombros nada más? Por entre rüinas  
La humanidad desorientada avanza;  
Hechos, leyes, costumbres y doctrinas  
Como edificio envejecido y roto  
Desplomándose van; sordo y profundo  
No sé qué irresistible terremoto  
Moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares;  
Reyes, naciones, genios y colosos  
Pasan como las ondas de los mares  
Empujadas por vientos borrascosos.  
Todo tiembla en redor, todo vacila.  
Hasta la misma religion sagrada  
Es moribunda lámpara que oscila  
Sobre el sepulcro de la edad pasada.  
Y cual turbia corriente alborotada,  
Libre del ancho cauce que la encierra,  
La duda audaz, la asoladora duda  
Como una inundacion cubre la tierra.  
— ¡Es que el manto de Dios ya no la escuda! —  
No la defiende el varonil denuedo  
De la fe inexpugnable y de las leyes,  
Y el dios de los incrédulos, el miedo,  
Rige á su voluntad pueblo y reyes.  
Él los rumores bélicos propala,  
Él organiza innúmeras legiones  
Que buscan la ocasion, no la justicia.  
Mas ¿ Qué podrán hacer? No se apuntala  
Con lanzas, bayonetas ni cañones,  
El templo secular que se desquicia.  
En medio de este caos, como un arcano  
Impenetrable, pavoroso, oscuro,  
Yérguese altivo el pensamiento humano  
De su grandeza y majestad seguro.  
Y semejante al árbol carcomido  
Por incansable y destructor gusano,  
Que, cuando tiene el corazon roido,

Desenvuelve su copa más lozano;  
Á través del social desasosiego  
Cruza la tierra en su corcel de fuego,  
Hasta los cielos atrevido sube,  
Pone en la luz su vencedora mano,  
El rayo arranca á la irritada nube  
Y horada con su acento el Océano.  
¡ Mas, ay del árbol que frondoso crece  
Sostenido no más por su corteza!  
Tal vez la brisa que las flores mece  
Derribará en el polvo su grandeza.

---

— ¡ Tal vez! ¿ Lo sabes tú? ¿ Quién el misterio  
Puede profundizar? Esta sombría  
Turbacion, esta lóbrega tristeza  
Que invade sin cesar nuestro hemisferio,  
¿ Es acaso el crepúsculo del día  
Que se extingue, ó la aurora del que empieza?  
¿ Es ¡ Ay! renacimiento ó agonía?  
Lo ignoras como yo. ¡ Nadie lo sabe!  
Sólo sé que la dulce poesía  
Va enmudeciendo, y cuando calla el ave  
Es que su oscuridad la noche envía.  
Oigo el desacordado clamoreo  
Que allá doquier la muchedumbre inquieta  
Sin freno, sin antorcha que la guíe;  
Ando entre ruinas, y espantado veo  
Cómo al sordo compas de la piqueta

La embrutecida indiferencia ríe,  
— Tambien en Roma, torpe y descreída,  
La copa llena de espumoso y rico  
Licor, gozabase desprevenida,  
Hasta que de improviso por la herida  
Que abrió en su cuello el hacha de Alarico  
Escapósele el vino con la vida. —  
Todo el cercano cataclismo advierte;  
Pero en esta ansiedad que nos devora,  
Ninguno habrá que á descifrar acierte  
La gran trasformacion que se elabora.

---

¿Y que más da? Resurreccion ó muerte,  
Vespertino crepúsculo ó aurora,  
Los que siguen llorando su camino  
Por medio de esta confusion horrenda  
Con inseguro paso y rumbo incierto,  
¿Dónde levantarán su débil tienda  
Que no la arranque el raudito torbellino  
Ni la envuelva la arena del desierto?  
En otro tiempo el ánimo doliente  
Atormentado por la duda humana,  
Postrábase sumiso y penitente  
En el regazo de la fe cristiana;  
Y allí, bajo la bóveda sombría  
Del templo, el corazon desesperado  
Se humillaba en el polvo y renacía.  
Cristo en la cruz del Gólgota clavado,

Extendia sus brazos, compasivo,  
Al dolor sublimado en la plegaria,  
Y para el pobre y triste fugitivo  
Del mundo, era la celda solitaria  
Puerto de salvacion, sepulcro vivo,  
Anulacion del cuerpo voluntaria.

---

¡Ay! En aquella paz santa y profunda  
Todo era austero, reposado, grave.  
La elevacion de la gigante nave,  
La luz entrecortada y moribunda,  
La sencilla oracion de un pueblo inmenso  
Uniéndose á los cánticos del coro,  
La armonía del órgano sonoro,  
Las blancas nubes de quemado incienso,  
El frio y duro pavimento, fosa  
Comun, perpétuamente renovada,  
De la cual cada tumba, cada losa  
Es doble puerta que limita y cierra  
Por debajo el silencio de la nada,  
Por encima el tumulto de la tierra;  
Aquella majestad, aquel olvido  
Del siglo, aquel recuerdo de la muerte,  
Parecian decir con infinita  
Dulzura al corazon desfallecido,  
Al espíritu ciego, al alma inerte:  
*Ego sum via, et veritas, et vita* (1).

---

(1) Joan XIV. 6.

Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—  
Mas ¿Dónde iremos ya? Torpes y oscuros  
Planes hallaron en el claustro abrigo,  
Y Dios airado desató el castigo  
Y con el rayo derribó sus muros.  
¿Dónde posar la fatigada frente?  
¿Dónde volver los afligidos ojos,  
¿Cuando ha dejado el corazón creyente  
Prendidos en los ásperos abrojos  
Su fé piadosa y su interés mundano?  
¿Dónde?

— ¡ En tí, soledad ! Yo te bendigo,  
Porque al náufrago, al triste, al pobre grano  
De desligada arena, das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona), 20 de  
Abril de 1878.

## LA VISION

DE

## FRAY MARTIN

—

(WITEMBERG, 15... (1)

### CANTO PRIMERO

I

Era una noche destemplada y triste  
Del invierno aterido; lentamente  
La nieve silenciosa descendiendo  
Del alto cielo en abundantes copos,  
Como sudario fúnebre cubría  
La amortecida tierra. Cierzo helado  
Azotaba los árboles desnudos  
De verde pompa, pero no de escarcha,  
Y, conmovidos por el recio choque,  
Parecian lanzar en las tinieblas  
Los duros troncos, lastimeros ayes.